

mente, y en primer lugar, los Estados Unidos, país que depende mucho más que cualquier otro de los desarrollados de Occidente de las importaciones de crudos sauditas. Las fuentes de aprovisionamiento de los miembros de la CEE son, básicamente, otras. Pero esta situación es estática.

Porque paralelamente a su decisión de aumentar los precios en sólo un 5 por 100, Arabia Saudita ha anunciado que aumentará su producción de petróleo, contenida, en base a acuerdos colectivos de la OPEP, a una media de ocho millones de barriles diarios. Sus posibilidades, según las primeras previsiones, le permiten llegar a doce e incluso quince millones diarios. El conjunto de la OPEP tiene fijada la producción máxima en treinta millones diarios: la limitación responde, como es sabido, a un intento de controlar la oferta, tanto para asegurar la producción de los yacimientos como también para poder presionar sobre los precios. Y también según las primeras impresiones, parece ser que el resto de los países de la OPEP reducirán sus producciones, si Arabia Saudita la aumenta, para mantener este tope de los treinta millones. Y es ahí donde se ha producido la verdadera ruptura del frente. Porque, ¿cómo se va a poder mantener un aumento de los precios en un 10 por ciento si un competidor tan fuerte, con una producción en aumento, va a atraer todos los pedidos?

En resumidas cuentas, es muy probable que la decisión tomada por los once resulte, en una buena parte, inaplicable. Y de paso Arabia Saudita habrá ganado un 15 por ciento por el aumento de precios. Las grandes compañías petrolíferas americanas —cuyos beneficios han crecido vertiginosamente desde 1973— se han apresurado a decir

que aun respetando los contratos establecidos con otros países mirarán con buenos ojos las ofertas sauditas. Europa lamenta su dependencia de otras fuentes, lo cual no va impedir que se lance a la búsqueda de petróleo saudita: una guerra comercial podría desatarse. Y en ella el paraguas norteamericano protegería a los sauditas.

En este contexto, los siete meses que quedan hasta julio pueden ser testigos del desmoronamiento de una de las organizaciones que más decisivamente han contribuido a la configuración del orden económico mundial de la segunda mitad de los setenta. La rebellón de los países poseedores de materias primas y al tiempo pobres en otros recursos está entrando en una nueva fase: y ello gracias a las presiones norteamericanas que han plasmado a la Arabia Saudita, en la línea antes señalada, precisamente cuando el impedimento político para hacerlo —la situación de Oriente Medio— ha cambiado sustancialmente respecto a la que existía, por ejemplo, hace un año. En este sentido, todas las tensiones entre los distintos miembros de la OPEP son previsibles, y cuando llegue la hora de disputar los contratos aparecerán con toda su fuerza: pero la irreconciliable postura mantenida por el jeque Yamaní hace pensar que, a menos que cambie el contexto político, los sauditas marcharán por la senda trazada: la del más fuerte, apoyada por el más fuerte. Queda por saber lo que dirán los soviéticos, que por el momento ya han protestado por las intromisiones exteriores en las conversaciones de Qatar.

¿Y España? Los primeros rumores han empezado a circular: se habla de una subida de la gasolina; unas fuentes dicen que la super podría llegar a 34 pesetas, otras la colocan entre las 29 y las 30. Casi parece inevitable, habida cuenta entre otras cosas de las enormes necesidades de ingresos que tiene el tesoro público, que sería quien se llevase la tajada más grande de cualquier modificación de los precios. Pero no está ahí el problema: hay que contemplar, respetando el indudable daño que la subida de la gasolina va a producir en las economías familiares, que los 20.000 millones adicionales que van a recaer sobre nuestras importaciones anulan una parte importante de los crecimientos tan trabajosa y precariamente logrados con nuestras exportaciones.

Eso de un lado. Y de otro hay que preguntarse cuánto durará lo que por el momento es una posición privilegiada gracias a la estructura de nuestras importaciones de crudos: porque si esa guerra comercial se desata, el 43 por 100 que hoy viene de la Arabia Saudita podría disminuir. ¿Se tiene o no fuerza para evitarlo? ■ CARLOS ELÓRDÍ.

Los
Contem
pora
neos

¿DONDE ESTAN LAS DEMOCRACIAS DE ANTAÑO?

VAYA por Dios, ya está aquí la Navidad. "Tant l'on crie à la Noël qu'à la fin elle vient", recitaba François Villon. De todas formas, le ahorcaron: "Con una cuerda de una toesa, sabrá mi cuello lo que mi culo pesa", había profetizado. Quizá llamando a las cosas, terminan por venir: tanto se llama a la democracia que al final llega. Quizá sea un ciclo, como el de la Navidad. O como el viejo juego de lo dionisíaco y lo apolíneo. ¿Será Suárez lo apolíneo? No parece que lo pueda ser Gil-Robles. Claro, que también don José María como Dionisos...

Habrà que leer los periódicos para saber cuándo llega la democracia, que tal vez sea una señorita como pintada por Botticelli, con música de Vivaldi. Leyendo los periódicos se entera uno de todo, con excepción de las cosas importantes. Hace unos días, al día siguiente de los idus de diciembre, un diario —el 16— sacó su cuerpo 46 para titular "España ya no es fascista". Una noticia. ¡Pero si España no ha sido fascista nunca! Los países no son fascistas, los pueblos —que son los países— no son fascistas. Fascistas son sólo los que los subyugan. Y apenas los hay. Algo después, el mismo diario —del que, se ve, soy devoto lector— recogía unas declaraciones de don Joaquín Sarrústequi en las que se decía que a Franco le habían seguido muy pocas personas durante su vida. Le siguen muchas menos durante su muerte. Unas 450.000 según el referéndum. O sea, nadie. Salvo los que mandan, don Adolfo Suárez incluido.

En tanto ese diario, o algún otro, publique la noticia de que la democracia ha venido —"nadie sabe cómo ha sido"—, diría don Antonio Machado, otro poeta que, como Villon, hubiera muerto en la horca, pero con su doloroso éxodo consiguió solamente morir en una cama de pensión (de las pensiones en que había pasado su existencia)— habrá que mantenerse un poco en guardia. Y después, también. Por si es una democracia como la de Weimar, en la que vivía ya un pequeño cabo llamado Adolfo Hitler (uno de los graffiti de los muros del 15 de diciembre decía: "Adolfo, eres un falto": sin duda se refería a Hitler), que trataba de iniciar un período apolíneo.

Confiemos en que don Ricardo de la Cierva, tan atento a la historia del futuro como a la del pasado, sepa anunciarnos a tiempo que la democracia ha llegado.

¿Una democracia como las de antes? Nada es ya como lo de antes. Ni siquiera como lo de después. Y aquí viene otra cita de François Villon:

"Mais, où sont les neiges d'antan?"

Y, a pesar de todo, murió ahorcado. ■

POZUELO

MARROQUI

Norte de Africa, sobre todo si se confirma el deseo de contar en el futuro con una bomba atómica propia.

Giscard, el nuclearizador, aportaría toda su ayuda. Juega la baza marroquí con todas sus consecuencias y ésta es una de ellas. Además, el elevado contenido de uranio (unos 100/200 gramos por tonelada) en los fosfatos controlados por Hassan invita a acuerdos de colaboración mutua en materia nuclear. También en este punto Francia se entiende perfectamente con Marruecos. Sin embargo, puede ser inminente que Argelia se vea obligada a anunciar parecido propósito al de Marruecos. Puede ser una respuesta inevitable si Hassan insiste en la nuclearización del Maghreb. ■ P. C. M.